

STAR CRAFT

HEART OF THE SWARM



Momento

Por Danny McAleese

Todas las explosiones cesaron al mismo tiempo.

Durante un momento largo e inquietante, reinó el silencio. Luego, las columnas de humo de color blanco y gris que cubrían la zona de combate se elevaron lentamente en el aire detenido. Como en el truco de un mago cruel, quedaron a la vista los restos calcinados del campo de batalla y se fundieron en un panorama árido y despojado.

Los protoss habían sido brutalmente meticulosos en su ataque. Los restos de los uniformes de combate de quienes alguna vez habían sido marines vivos y fuertes ahora yacían esparcidos en diferentes escenas de destrucción. Algunos soldados habían sido calcinados por los disruptores de partículas de los persecutores, que habían perforado las armaduras con disparos implacables. Otros habían encontrado un fin de tipo quirúrgico, rebanados en pedazos por la energía abrasadora de las espadas psiónicas de los zelot. Todos estaban muertos.

O casi todos.

La aparente quietud del campamento kelmoriano se quebró por un repentino movimiento. Uno a uno, desde el fondo de las filas, los soldados comenzaron a reptar hacia adelante. Eran merodeadores que avanzaban pesadamente en sus inmensas armaduras y camazotes que cargaban con los barriles ennegrecidos de sus lanzallamas. Sus formaciones, antes prolijas, habían quedado fragmentadas, como los restos retorcidos de las instalaciones que debían defender. Pero habían resistido. Aún respiraban. Y para ellos, eso era la victoria.

El capitán Marius Blackwood no vio nada de eso. A los costados de su tanque de asedio, el extraño terreno de Moria se le presentaba borroso. Las planicies de polvo rojo se extendían en todas direcciones, pero Marius se concentró únicamente en el pequeño y limitado

mundo de la ventanilla delantera del vehículo. En lugar del estridente sonido de las sirenas de la fortaleza, solo oía el tranquilizador tamborileo del motor detrás de él.

—Las fuerzas enemigas han sido aniquiladas —dijo la voz a través del intercomunicador. Eran las mismas sintéticas palabras de siempre: instrucciones emitidas a través de un robot desde el centro de mando—. Todos los escuadrones deben presentarse ante los comandantes del pelotón. Objetivo principal alfa. Violación de perímetro en...

Marius apagó el interruptor de los auriculares para detener esa catarata infinita de parloteo electrónico sin sentido que conocía tan bien. La mano callosa se cerró sobre la palanca de cambios sin que siquiera tuviese que mirar. El Arclite se estremeció un instante por el cambio de marcha, y las orugas despidieron grandes nubes de polvo de color carmesí al despertar.

Sin embargo, Marius tampoco vio nada de eso. Solo vio al coloso.

Era increíblemente enorme. Un monstruo intimidante cuya silueta se recortaba contra el paisaje sombrío e inhóspito. Marius lo observó: retrocedía sobre sus piernas largas y delgadas, mientras giraba hacia atrás su cabeza sobrenatural para asegurarse de poder escapar. Estaba muy lejos, y Marius sabía que trataría de alejarse aún más del tanque de asedio. Pero había un pequeño detalle.

Cojeaba.

El solitario caminante robótico ya no tenía ni la velocidad ni la gracia que había mostrado cuando las máquinas de guerra atacaron el complejo. Había sufrido algún tipo de daño. Marius

aumentó la visual de su pantalla y pudo ver cuál era la pierna dañada. A cada paso, el coloso la arrastraba pesadamente.

Marius aceleró la marcha. A lo lejos, la extensa planicie anunciaba la silueta oscura de unas montañas distantes y escarpadas. Necesitaba acercarse al coloso antes de que llegara a esa cadena montañosa. Trabajó el retículo en el blanco y bajó los ojos hacia el panel de lectura de proximidad, que titilaba. Solo estaba seguro de una cosa: sería cerca.

Una luz blanca parpadeó velozmente en la consola. Marius trató de ignorarla y estuvo a punto de conseguirlo, pero finalmente resopló y le dio un golpe con el puño cerrado. En la pantalla agrietada y sucia apareció una figura que conocía muy bien.

—¡Blackwood! —exclamó la teniente coronel—. ¿Adónde mierda crees que vas?

—Hacia adelante —respondió Marius con sarcasmo. Ya sabía el tipo de conversación que iban a tener.

—Adelante, un carajo —le contestó furiosa la teniente coronel. Los ojos azules le brillaban con fuerza, incluso a través de la suciedad y las grietas de la pantalla—. Se terminó la fiesta, capitán. Vuelve aquí ahora mismo. Tenemos que...

Inesperadamente, una brillante explosión sacudió al tanque de asedio. Aunque los propulsores hidráulicos absorbieron la mayor parte del impacto, no pudieron evitar que la cabeza de Marius golpease con fuerza contra la consola delantera. Marius trató de mantener el control. Se pasó los dedos por la oscura maraña de pelo, pensativo. Cuando retiró la mano, vio que estaba cubierta de sangre.

—¡Pensé que habíamos aniquilado a las fuerzas enemigas! —rugió a través del micrófono, mientras examinaba el terreno a través de su ventanilla. A pesar de todas las misiones que había llevado a cabo adentro de esa cosa, el veterano conductor aún no confiaba del todo en las pantallas de sensores.

—¡Y eso hicimos! —gritó la teniente coronel—. Pero te alejaste demasiado. Estás alcanzando a los que quedaron rezagados en la huida. Estás en medio...

Otra explosión sacudió el tanque, aunque esta vez el golpe fue de costado. Marius giró la cabeza y vio a su nuevo enemigo. Un solo persecutor lo había elegido como blanco en su huida y avanzaba en su misma dirección. Las piernas se agitaban con una increíble velocidad mientras escapaba a toda marcha.

No debería estar aquí, pensó Marius con curiosidad. A esa altura, el persecutor ya debería haberse teletransportado para unirse a los demás robots. Quizás estaba dañado. Como fuese, Marius no iba a darle la oportunidad de demostrarle si eso era cierto o no.

Se puso en acción. Siempre era así cuando conducía. Después de años y años de práctica, Marius y la máquina se habían convertido en una misma cosa. Como resultado, no había diferencia de tiempo entre el pensamiento y la acción. Giró el volante hacia la izquierda.

El tanque respondió al instante. Marius derrapó violentamente y esperó a que el persecutor estuviese en su línea de visión para empujar con fuerza el pie derecho contra el pedal de estabilización opuesto. Se sintió un tremendo rugido, y el tanque se estremeció, se enderezó y avanzó sin perder un instante. Siguió hacia adelante a una velocidad aterradora.

Hay que mantener el momento resonó una voz en su mente. Si lo pierdes, será tu turno.

Cione. Otra vez. Marius hizo un gesto de dolor y se oprimió la sien con los dedos.

—Ahora no, hermano —dijo suavemente—. Estoy un poco ocupado.

El persecutor había rotado el torso hacia adelante, probablemente para calcular el mejor ángulo de escape. Giró hacia atrás y se encontró con más de sesenta toneladas de acero a toda marcha. Levantó su disruptor con rapidez y apenas logró disparar una sola vez, y sin puntería, antes de que Marius oprimiese el gatillo de sus cañones de 80 mm. Los disparos atravesaron lo que quedaba del escudo del robot y lo dejaron hecho pedazos un segundo antes de que el tanque de asedio lo aplastase.

Marius sintió con satisfacción los crujidos del metal debajo de las orugas. Echó una rápida mirada a través del HUD trasero y vio los fragmentos destrozados del caminante volando en todas direcciones. Al menos estas cosas morían como era debido. No como los zelot, que desaparecían con un espeluznante resplandor. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Marius. Eso siempre lo había aterrorizado.

—Muy lindo —sonó la voz de la teniente coronel a través del intercomunicador, con un dejo de sarcasmo—. Muy bien, ya te divertiste un rato, capitán. Vuelve *ahora mismo*.

En sus últimas palabras se percibía una dura intensidad, y el motivo era lógico: Marius ya había vuelto a girar la trompa del tanque en dirección al coloso.

Marius apretó el botón de su micrófono.

—Vuelvo en un minuto —dijo en un tono inocente. El tanque ya estaba alcanzando

nuevamente su máxima velocidad. Se movía a través del paisaje rojizo, levantando polvo a su paso. Marius se permitió relajarse un momento, casi acunado por el rugido de los motores.

—¡Te ordeno que vuelvas de inmediato! —continuó la teniente coronel—. ¡Sé lo que estás haciendo, y no hay forma de que lo consigas! Además —agregó tras una breve pausa—, los niveles de radiación siguen siendo inestables.

Marius miró hacia la derecha. Una nube densa y oscura descansaba suspendida en el cielo rosado. Era todo lo que quedaba del último ataque táctico que les había dado la victoria. De alguna forma, un fantasma se había metido adentro. Quizás demasiado; a través de los intercomunicadores se corrían rumores de que el pobre infeliz probablemente había apostado todas sus fichas.

Marius, honestamente, no entendía por qué. El asentamiento kelmoriano que les habían asignado para defender era conocido, oficialmente, como "Estación Minera Remota Cuatro". Era solo otro agujero, como casi todo en ese planeta. Este estaba en el centro de un enorme océano de polvo, rodeado por un montón de nada. Por eso, hacía mucho tiempo que a la "Cuatro" se la conocía como la "Abandonada".

A diferencia de las demás colonias mineras, la Estación Abandonada estaba demasiado militarizada, casi en un grado inusual, como si ahí se protegiese algo muy importante. Algo que los protoss deseaban profundamente, a juzgar por la magnitud del ataque que habían realizado.

En realidad, a Marius no le importaba nada de eso. Nada de eso era asunto suyo.

Solo sabía que, desde el comienzo, había sido una batalla encarnizada. La embestida inicial de las fuerzas terrestres protoss había estado respaldada por tres inmensos colosos.

Marius nunca antes había visto a un coloso, y no tardó mucho tiempo en quedar sorprendido por la magnitud de esas cosas. Esos gigantes se erguían por sobre todo lo que había en el campo de batalla, y con los rayos superabrasadores de sus lanzas térmicas pronto convirtieron la zona de combate en un mar de restos ardientes.

Finalmente, dos de las bestias habían caído. La hazaña requirió de toda un ala de vikingos y más pilotos muertos de los que Marius podía contar, además de un equipo entero de goliats que se sacrificó en la refriega. Esos soldados habían tenido una muerte horrenda. Marius aún podía oír sus gritos de agonía mientras las máquinas se les derretían alrededor de los cuerpos.

Y aun así, Marius no sentía nada.

Era algo horrible, la peor atrocidad imaginable, pero Marius no lograba sentir nada. Estas personas no eran nada para él; eran todos extraños, del primero al último. Se reían, jugaban, hacían bromas... y eran jóvenes, increíblemente jóvenes. Aunque no fuera cierto, andaban juntos como si fuesen amigos de toda la vida, y eso era lo que más irritaba a Marius.

Pasaba lo mismo en cada lugar al que iba. En cualquier planeta, cercano o remoto, todos lo evitaban. Con el tiempo, algunos directamente aprendían a temerle. Decían que corría demasiados riesgos y que no se preocupaba por su propia seguridad. En el campo de batalla era temerario, demasiado intrépido y peligroso. Uno de sus comandantes había

llegado a afirmar que tenía sed de sangre. Marius estuvo peligrosamente cerca de noquear al tipo cuando oyó eso, pero cuanto más pensaba en el comentario, más reconocía lo cerca que estaba de ser real.

Cada tanto, un grupito trataba de incluirlo en su camaradería. Se suponía que debía representar el papel del viejo y curtido veterano de guerra que impartía sus conocimientos y su sabiduría paternal a sus hermanos de armas más jóvenes. Era un cliché enfermizo. Cada vez que empezaban con eso, los desilusionaba rápidamente.

Al final siempre se encogían de hombros y seguían su camino. Desarrollaban afinidades, formaban lazos y se convertían en hermanos de combate. Pero no eran *sus* amigos. No eran *sus* hermanos de armas.

Y esto era así porque todos sus hermanos estaban muertos.

Stoltzfus, Tallman, Marciniak. Cione. Todos. Al principio, Marius le había echado la culpa a la guerra: los protoss y sus armas mortíferas, el enjambre de zerg que parecía no tener fin... El odio por sus enemigos había tomado el lugar de sus amigos en su corazón y llenaba el vacío que ellos habían dejado. Sin embargo, como generalmente les pasaba a los veteranos, Marius Blackwood terminó por comprender que el verdadero enemigo no era el que había enfrentado tantas veces en el campo de batalla durante todos esos años.

El verdadero enemigo era el tiempo.

El tiempo se había llevado a sus amigos. Los había hecho desaparecer y los había eliminado de los corazones y el pensamiento de todos los que podían recordarlos. Marius era el

último de los cinco. ¿Qué sucedería cuando él también desapareciese?

Sería como si nunca hubiesen existido.

El destello de una alarma roja lo trajo de regreso al presente. Marius apretó otro botón para confirmar la señal, que indicaba que el motor del Arclite se estaba acercando a la línea roja.

A Marius eso no lo preocupaba. Había conducido esa máquina en situaciones mucho más peligrosas, al borde de los límites críticos, y a veces incluso más allá de esos límites. Sabía lo que era capaz de hacer mucho mejor que los ingenieros que la habían diseñado y construido.

Allí adelante, su objetivo estaba mucho más cerca. Marius podía ver la pierna rota con mucha claridad. Una nube de polvo se mantenía siempre a espaldas del gigante y señalaba los lugares por donde había arrastrado la pierna. En el entorno sin viento del planeta, era fácil ver el largo rastro que llevaba directamente hacia el gigante.

Pero Marius no necesitaba un rastro. Solo necesitaba un buen tiro.

—¡Capitán! —resonó la voz en el intercomunicador—. Lo diré por última vez: ¡vuelve aquí!

La señal del intercomunicador comenzaba a perderse. Marius recordó de pronto que había consumido casi la totalidad de la energía en las primeras etapas del ataque. Un par de kilómetros más y quedaría por completo fuera del alcance de la base. Pero eso era solo otro problema molesto.

—Blackwood...

Bruscamente, Marius decidió cambiar de enfoque.

—¡Ya viste lo que sucedió! —la interrumpió a los gritos, tratando de sonar furioso—.

¿Cuántos de nuestros hombres cayeron convertidos en cenizas por culpa de esa bestia? ¿Y esperas que la deje escapar?

Fue una gran actuación. Casi se sintió orgulloso de sí mismo. Hubo una larga pausa, y luego sobrevino el ruido ensordecedor de la estática. La voz que Marius oyó a continuación sonaba calma e inexpresiva.

—Muy bien —dijo la teniente coronel con resignación—. Será tu corte marcial, después de todo.

—Exacto.

Una luz en la pantalla le indicó a Marius que el objetivo había cambiado de dirección. Por algún motivo, el coloso ahora avanzaba en diagonal. Cuando Marius giró el tanque para interceptarlo, miró a través de la ventanilla y descubrió el motivo.

Hacia el este, un montón de peñascos cortaba la inmaculada superficie del duro suelo de arcilla. Eran bastante bajos para que el coloso pudiese pasar, pero suficientemente escarpados para detener al tanque de asedio. Marius lanzó un insulto y comenzó a oprimir una serie de botones en la consola delantera.

Una imagen holográfica con una representación tridimensional de la topografía del lugar apareció en el HUD. Acercó la imagen de los peñascos y la hizo girar en todos los ángulos mientras intentaba encontrar una salida. La encontró muy rápido. Al sur, no muy lejos del posible punto de entrada del coloso, una inclinación le daba acceso a la cima. Era empinada,

de hecho peligrosamente empinada, pero estaba casi seguro de que podrías lograrlo.

Después de fijar el rumbo hacia la base de la rampa, Marius se limpió con el brazo el sudor que le caía sobre los ojos. El interior del tanque era una caldera. Tiempo atrás, Marius había hecho retirar por completo el sistema de refrigeración interna del Arclite. El aire acondicionado recargaba el motor, y los enormes compresores no eran más que peso muerto al conducir.

Prefería soportar el calor. De una manera retorcida, incluso había aprendido a disfrutarlo. Cada gota de su sudor significaba más velocidad. El intercambio de comodidad por rendimiento era solo uno de los tantos ajustes que Marius le había hecho a su viejo Arclite. Recordó divertido aquel día en que usó una de las antorchas de plasma de aquellos lelos del taller para agrandar la ventanilla delantera. Cuando sus superiores vieron el agujero de 15 centímetros que Marius había hecho en el blindaje de neoacero, casi vomitan. Pero a pesar de la terrible discusión, Marius también se había salido con la suya en esa ocasión.

Marius ahora contemplaba el exterior por esa ventanilla, a través del denso aceroplástico que había colocado tantos años atrás. El coloso se acercó al peñasco. A pesar de estar dañado, mantenía una rara belleza. El cuerpo, delgado y angular, estaba recortado en un diseño intrincado, por lo que parecía más una obra de arte que la devastadora máquina de guerra que era realmente. Desde el interior, irradiaba una luminiscencia fantasmal de color azul.

¿Lo vas a seguir mirando embobado o lo vas a hacer pedazos? Otra vez era la voz de Cione.

Marius bajó la cabeza y miró sus botas, manchadas de mugre.

Recordaba la época en que, día tras día, lustraba tanto esas botas que parecían un espejo.

Apenas. Eran todos tan increíblemente jóvenes y frescos, recién salidos de la academia.

Eran crédulos, inocentes, optimistas. Y estaban tan decididos a marchar a la guerra.

En aquellos días, nada estaba fuera de su alcance. Todo parecía posible.

Los cinco se habían mantenido unidos en las malas y en las malas: en esos tiempos no había lugar para nada bueno, y ellos lo aceptaban. Eran verdaderos hermanos, siempre se cuidaban entre sí y se ayudaban a sobrevivir cada prueba de fuego. Incluso después de que se dividiera su pelotón, habían logrado mantenerse en contacto y habían jurado, solemnemente, encontrarse cada vez que pudiesen, una vez por año, en el Cobertizo.

El Cobertizo era un lugar horrible, el más destartado de todos los bares, casi escondido en los confines de alguna subestación olvidada cerca de Shiloh. Pero había sido el primer lugar al que los habían asignado juntos y eso lo convertía en algo especial. Con el tiempo, habían llegado a quererlo. Con los años, lo transformaron en un lugar propio.

El Cobertizo era lo único bueno que había en la vida de Marius. A través de todos esos años de fuego e infierno, era lo único que le daba esperanzas. La única constante en su vida de soldado sin rumbo.

Pero, al final, incluso eso había cambiado. Uno a uno, cada vez eran menos los que aparecían. El primero en faltar a la cita fue Stoltzfus, que, según se comentaba, se había encontrado con una bala justo antes de cumplir treinta años. Aparentemente quedó del lado equivocado en una estúpida revuelta. Era bastante lógico: el muchacho tenía un gran corazón y era digno de confianza, pero no era demasiado inteligente, para decirlo con

suavidad.

Marciniak desapareció unos años después, en algún lugar cerca de Carbonis. Pasaron un par de años buenos, y luego fue el turno de Tallman. Le tocó apenas un mes después de unirse a un grupo de mercenarios medio locos. Nunca supieron todos los detalles; era algo relacionado con algún acuerdo oscuro que no se había cumplido, pero esta vez el golpe fue mucho más duro. Billy Tallman siempre había sido un tipo fuera de lo común. Era el que más bebía, el que ganaba más peleas, el que se acostaba con las mujeres más hermosas. Era el líder tácito del grupo. Si alguno de ellos podía ser invencible, ese era Tallman.

Al final, solo quedaban Marius y Cione. Durante mucho tiempo mantuvieron la tradición: se encontraban, recordaban e incluso brindaban por sus camaradas caídos. Nunca importaba dónde estaba o qué asunto tenía entre manos: cuando se trataba del Cobertizo, no había nada más importante para Marius.

Y un año, Cione tampoco acudió a la cita.

A Marius le llevó un tiempo averiguar qué había pasado. Aparentemente, Cione había caído bajo fuego amigo. El operador de un Crucio se descuidó, y la mayor parte de la unidad de Cione había recibido una lluvia inesperada de tungsteno caliente. Ni siquiera habían encontrado el cuerpo.

Marius entrecerró los ojos al recordar. Sus oficiales de comando jamás pudieron comprender por qué uno de los mejores conductores se negaba una y otra vez a dejar de usar su Arclite. Blackwood incluso se había negado cuando era obligatorio, lo que lo había convertido en el blanco de las bromas en la división. Con el paso del tiempo, los reclutas

jóvenes comenzaron a verlo como a un misterio. Pensaban que era un viejo testarudo y nostálgico, un fósil que se negaba a cambiar con los tiempos. Pero Marius sabía la verdad. Cada vez que pensaba en Cione, recordaba exactamente por qué jamás se sentaría al mando de un Crucio.

Esa visita al Cobertizo, de la que se cumplían cinco años este mes, había sido la última. Marius había pedido una última cerveza para su amigo y la había colocado en la barra, frente al asiento vacío de Cione, mientras terminaba la suya. Luego salió. Así de simple. Así de definitivo. Volvió la cabeza una vez más al pasar por la puerta y contempló los cinco asientos desgastados. Los cinco asientos que alguna vez se habían llenado de calidez, risas y vida, y que ahora permanecían vacíos y fríos. Llegó a ver al barman que vaciaba el vaso de cerveza de Cione en el frío desagüe. La última cerveza que su amigo jamás bebería. Se había ido para siempre, como él.

Como todos ellos.

Una alarma sonó suavemente cuando el tanque llegó a las coordenadas temporales. Marius apretó los dientes y comenzó a subir la rampa. Se veía mucho más empinada que en la imagen del HUD y parecía tener muchísimas más rocas. El vehículo se balanceaba descontroladamente, y Marius apenas podía mantenerse en el asiento del conductor; mucho menos manipular los controles.

En sus primeras épocas había volteado el tanque, cuando entrenaba para convertirse en conductor. Había sido una experiencia muy desagradable que no deseaba volver a repetir. En ese entonces, todo se había reducido a soportar las risas y a buscar un cable de

remolque, y después de algunos vergonzosos minutos, el tanque se había enderezado otra vez. Pero ¿quedar patas para arriba en esta situación, como una tortuga que no puede moverse? Las consecuencias serían mucho más graves ahora. El coloso podría retroceder y dispararle. Y con la puerta trabada, Marius quedaría atrapado, incapaz de moverse o defenderse. Se imaginó cómo serían esos últimos momentos de su vida, con el blindaje del tanque golpeado por esos temibles rayos calientes de color blanco, con la temperatura que ya casi era insoportable subiendo cada vez más...

Marius miró hacia abajo, hacia su cinturón, donde su C-7 descansaba tranquilizadamente. No por casualidad había comprado la pistola al día siguiente de haber volteado el tanque aquella vez.

La pendiente se hizo más empinada. Marius bajó dos velocidades al cruzar la marca de 50 grados y mantuvo las mandíbulas apretadas mientras volvía a comprobar los giros. Como máximo podía llegar a una inclinación de 60 grados, *quizás* 65. Si sobrepasaba ese límite, terminaría dado vueltas, rebotando de un lado a otro como una pelota humana mientras el tanque caía sin remedio al fondo del barranco.

Afuera, el ruido era casi ensordecedor. Las orugas del tanque de asedio iban atravesando y destrozando pedazos de rocas y grava a su paso. Devoraban el terreno y empujaban la máquina hacia arriba y adelante con el terrible rugido del acero que se clavaba contra la piedra. Adentro, Marius podía sentir cómo iba cambiando el centro de gravedad. El estómago le dio un vuelco. Sintió las heladas garras del miedo que rasgaban su mente. Finalmente, en una eufórica oleada de alivio, la cima del peñasco apareció ante él.

El indicador de altitud mostraba 63 grados de inclinación, y Marius sacudió el tanque con un último cambio de marcha. El tanque se tambaleó hacia adelante y los cañones quedaron apuntando hacia el cielo a medida que avanzaba hacia el borde final del peñasco. En un momento de terror, el extremo trasero cedió y las orugas del tanque quedaron girando en el vacío mientras la máquina perdía equilibrio y retrocedía medio metro. Sin embargo, un segundo después, la trompa dio de lleno contra la superficie plana de la meseta con un estruendo resonante.

Marius aceleró para atravesar la densa nube de polvo y echó una mirada a su presa. Al girar el tanque para subir la rampa, Marius había creado una nueva separación, pero era una distancia que podía cubrir fácilmente. El coloso seguía arrastrando la pierna como si fuese un enorme insecto herido. Parecía observarlo.

Estás loco. Totalmente loco.

Podría haber sido la voz de Cione, pero Marius pensó que tal vez era la suya. De cualquier manera, en ese momento comprendió el grado de locura de lo que estaba haciendo. Y también se le ocurrió, con la misma fuerza o más, que no le importaba en absoluto.

Desde luego, no siempre había sido así. Antes, en algún momento, a Marius todo le había importado mucho. Bajó la vista con amargura hacia un rincón vacío en la gran consola de acero. Recordó vagamente la figura de un rectángulo, tan borroso en el tiempo que apenas podía verlo. Alguna vez, una foto había ocupado ese lugar. Una foto que ya hacía muchos años que no estaba, tantos que parecía ser de varias vidas atrás.

Hannah.

Otro de los fracasos que acumulaba en su vida.

Pensar que había sido "su gran amor" lo hizo reír. Sin embargo, en otro tiempo, en otro lugar, había sido importante. Hannah había sido su única y verdadera oportunidad en medio de toda esa oscuridad; su único y tímido intento de mantener una relación.

Se habían conocido en un pueblo de pescadores mientras él estaba apostado en Shiloh, allá lejos, cuando su vida aún tenía algún rastro de normalidad. Hannah era joven como él, pero más brillante, más inteligente y aterradoramente hermosa. Tenía los ojos grises como el acero, y su pelo era del color de la miel. Marius se enamoró como un adolescente, pero lamentablemente era demasiado para un soldado que había batallado en nueve mundos conocidos. No tenía ese derecho: el deber llamaba.

Marius pasó un dedo manchado de grasa por el lugar donde había estado clavada la foto. Podía recordar ese momento casi como si aún estuviese ahí: Hannah parada de espaldas al lago, con su sonrisa maravillosa y una flor de color amarillo en el pelo. Ese día lo había llevado a pasear en bote.

No pudo evitar una mueca burlona. La chica, la foto... Eran ideas tan tontas...

Una brillante explosión de luz amarilla incandescente lo golpeó desde la nada misma, y Marius se cubrió los ojos instintivamente con un brazo. Incluso a través de la ventanilla pequeña y borrosa, la intensidad del resplandor casi lo encegueció.

El coloso le estaba disparando. A los costados de la cabeza alargada, dos enormes torretas se movían al unísono. Marius frenó de golpe el tanque, ya que súbitamente recordó la

capacidad de su enemigo para rebanar en pedazos a su vehículo. Sin embargo, cuando el coloso lanzó otra descarga de disparos, se dio cuenta de que aún estaba lejos de su alcance.

Una y otra vez, las descargas gemelas de la lanza térmica del coloso atravesaban el cielo y caían sobre la superficie de arcilla compacta del planeta. Formaban fisuras profundas de material ardiente que surcaban el suelo en enormes franjas de destrucción. En ese mismo instante, Marius comprendió exactamente lo que estaba haciendo su enemigo.

El tanque de asedio se sacudió al atravesar a toda velocidad el primer desfiladero de calor y resplandor. Los sistemas de estabilización se activaron y minimizaron el impacto en la estructura del Arclite, si bien el nuevo paisaje escarpado no le daba respiro. La máquina aleteó violentamente hacia adelante y hacia atrás, mientras Marius luchaba por enderezarla a lo ancho del terreno devastado.

El coloso seguía disparando. Marius guió el tanque más allá de la zona de peligro y observó los rayos que caían y causaban nuevas grietas profundas en el suelo, detrás del caminante. Mantenerse fuera de ese arco de destrucción implicaba perder más tiempo, y tampoco podía seguir apuntando la trompa de la máquina hacia su objetivo. A pesar de eso, el Arclite aún llevaba la ventaja. Era solo cuestión de minutos.

Dos luces parpadeantes llamaron la atención de Marius al pasar del amarillo al blanco. Eran las alarmas de proximidad. Había ido demasiado lejos, mucho más allá del límite de comunicación de la instalación minera. Ahora no podrían rastrearlo a través del intercomunicador aunque quisieran. Y él tampoco podía comunicarse.

Y no le importaba.

De hecho, hacía mucho que ya no le importaba nada. La felicidad ya no era una opción en su vida. Lo máximo que podía sentir en esos días era cierta satisfacción, y eso solo ocurría cuando estaba ocupado haciendo lo que sabía hacer: combatir. Dejó pasar muchas oportunidades de ascensos, transferencias e incluso el retiro para poder seguir adelante, preocupándose solo por su próximo enemigo y su próximo campo de batalla. Sin darse cuenta de cómo había sucedido, Marius había pasado de vivir su vida a vivir solo para sentir la excitación de la batalla.

Y había tenido muchas, muchas batallas.

Y muchas víctimas.

Sonrió con cierta superioridad mientras el tanque se balanceaba intentando atravesar el terreno. Marcar los enemigos matados era algo que cada uno de ellos había hecho desde el principio. Era una vieja tradición que habían resucitado juntos, como el grupo que eran. La primera vez fue cuando Billy comenzó a llevar su cuenta en el casco, en los tiempos en que los cinco aún estaban en la infantería. Luego pasó a ser una competencia amistosa, aunque, con los años, llegó a otros niveles.

Era por eso que el costado de su tanque de asedio estaba decorado con las marcas de tantas victorias. Marius anotaba a cada zerg, protoss e incluso a los enemigos terran que a veces debía enfrentar. Todas y cada una de sus conquistas estaban incluidas en la cuenta, cuidadosamente marcadas a láser en la placa de neoacero de su máquina de matar.

Esas víctimas eran sus trofeos. Eran sus amigos.

Eran todo lo que le quedaba.

El tanque se sacudía de izquierda a derecha mientras atravesaba a toda velocidad la planicie polvorienta. Marius trataba de mantenerlo fuera de los bordes del terreno escarpado. Quizás por el intenso calor, o porque la cosa esa finalmente se había dado cuenta de que su plan no había servido de nada, poco a poco los disparos de láser se detuvieron. El coloso giró la cabeza hacia atrás, a lo lejos, y siguió avanzando a los tumbos.

Marius apretó a fondo el acelerador, y su pulso comenzó a latir más rápidamente mientras concentraba su atención en su presa. Se sentía vivo. Vivo y más cerca que nunca de mandar al maldito leviatán al otro mundo. En unos minutos, no sería más que una marca nueva al costado de su tanque de asedio, pero una marca muy importante, ya que, en todos sus años de conductor, Marius jamás había matado a un coloso.

Y estaba desesperado por matar a uno.

El capitán apuntó cerca de la ubicación de su enemigo y lanzó un disparo rápido que cayó a pocos metros del coloso, tal como él quería. Necesitaba llamar su atención. Necesitaba que volviese a disparar para saber cuánto más debía acercarse para lanzar el verdadero disparo.

Marius no se hacía ilusiones acerca de sus limitaciones de alcance. Las lanzas térmicas del coloso lo despedazarían mucho antes de que él pudiera acertar con sus cañones de 80 mm. Durante toda la persecución supo que el cañón de asedio era la única oportunidad real de eliminar al caminante. En cuanto al cañón Mjolnir, tampoco necesitaba hacerse ilusiones: lo dominaba a la perfección.

Comenzó a llenar su mente con cálculos de todo tipo, estimaciones de alcance y distancia que solo un conductor experimentado podía comprender. De todas formas, el coloso no disparaba, sino que seguía avanzando a toda marcha, arrastrando los restos retorcidos de su pierna. El caminante no parecía sentir temor ni preocupación. No se movía ni más rápido ni más lento que al empezar la persecución. En realidad, lo que lo personificaba era su total falta de condición humana. A esta distancia, se veía fascinantemente malévol.

Marius comenzó a manipular los interruptores para apagar los controles de seguridad preliminares y pasar al modo de asedio. El tanque se precipitó hacia adelante inexorablemente, ganando terreno a cada segundo.

Esperó hasta el último momento posible... hasta que el coloso girara la cabeza. Entonces hizo su jugada.

Marius apretó a fondo los frenos del tanque, que iba a toda velocidad. Se sintió un chillido infernal de metal y polvo. Deslizándose a través de la superficie arcillosa, el Arclite siguió avanzando de costado casi cincuenta metros antes de detenerse por completo. El polvo rojo arrasaba todo. Antes de frenar, Marius había comenzado a manipular una serie de botones y palancas que conocía muy bien.

El tanque se elevó como si estuviese vivo. Se sintió el siniestro silbido de la suspensión hidráulica mientras las patas de apoyo del Arclite salían impulsadas hacia afuera y hacia abajo, y golpeaban con fuerza el árido y duro suelo de arcilla. Durante un par de segundos de agonía, Marius se limitó a observar el proceso, expectante, y esperó a que el mecanismo de apertura finalizase su ciclo. Luego, la luz pasó de rojo a verde para indicar que el modo

asedio estaba completamente activado.

Con el tanque detenido, el coloso se había alejado rápidamente. Marius observó su computadora, en la que el caminante ya estaba focalizado. A ambos lados del HUD, comenzaron a circular flujos de datos con diferentes opciones de trayectorias y posibles correcciones de curso. Marius pasó por alto todo eso. Tomó los controles del cañón de artillería y rastreó con la vista al coloso, que, a esta altura, estaba grabado a fuego en su mente.

El suelo crepitó. Afuera de la seguridad que brindaba el tanque, todo el paisaje se convulsionó con llamas de color amarillo y anaranjado: el coloso había comenzado a disparar nuevamente. Un olor extraño subió por las fosas nasales de Marius. Era el olor del ozono que se quemaba. Al mismo tiempo, se le erizó el vello de los brazos en señal de alerta. El panorama más allá del tanque se había oscurecido por completo. En su pantalla, el retículo que rodeaba al coloso se acercaba al límite máximo del Mjolnir. Apoyó suavemente el pulgar sobre el botón, pero no lo presionó. Hizo su tarea como siempre: según lo que le dictaban su vista, sus entrañas y sus instintos.

Finalmente, disparó.

El cañón del Arclite rugió estrepitosamente. Marius soltó los controles, saltó hacia adelante y apoyó la nariz contra la ventanilla sucia para tratar de ver algo. Pasó un segundo, luego otro...

En ese instante, se produjo una explosión brillante, espectacular. El coloso se tambaleó con fuerza hacia un costado cuando la munición superabrazadora de 120 mm le atravesó el

cuerpo. El gigante vaciló, estuvo a punto de recuperar el equilibrio y finalmente cayó. Al golpear el suelo, se oyó una segunda detonación que hizo estallar al caminante, antes tan bello, en miles de pedazos refulgentes.

Marius soltó un suspiro largo y profundo, y se dejó caer sobre el asiento. Sintió un estremecimiento de placer en todo el cuerpo, junto con el éxtasis de la muerte. Vivía para estos momentos. Siempre había sido así. En una vida tan dura y fría, los momentos como este realmente eran lo único que le quedaba.

Durante un minuto simplemente se quedó allí, con los ojos cerrados, mientras la adrenalina y el sudor le brotaban por los poros. Sin embargo, el zumbido de una alarma lo sacó del trance. Cuando Marius abrió los ojos, vio que la mitad de las luces de su consola brillaban con viveza.

La catarata de datos nuevos que fluía a través del HUD lo hizo enderezarse en el asiento. Al mirar por la ventanilla, se le heló la sangre.

Persecutores. Docenas de persecutores. Detrás del coloso caído, el horizonte estaba cubierto de fuerzas protoss que avanzaban directo hacia él. Con las piernas largas y delgadas, los persecutores levantaban espirales de polvo al acercarse. Y adelante de ellos, aún más cerca, Marius reconoció de inmediato unas figuras: los gigantescos y mortíferos exoesqueletos de los inmortales.

Las manos de Marius comenzaron a moverse, antes de que él mismo se diese cuenta, para ejecutar los comandos que anulaban el modo de asedio del tanque. Los inmortales se precipitaban en su dirección sobre el terreno perfectamente plano. Por la velocidad a la que

avanzaban, Marius calculó que le quedaba menos de un minuto. Carajo, quizás ya era demasiado tarde.

Pasaron unos segundos preciosos. La espera era insoportable. Cuando el tanque se mantuvo en la misma posición, Marius se dio cuenta de que algo andaba mal. En ese momento oyó, detrás de él, el zumbido de una alarma. En el HUD, la representación holográfica de las patas de apoyo del Arclite titilaba con una luz roja.

Estaban atoradas.

Te dije que no pierdas el momento se rió Cione en su mente. Marius podía verlo sonreír en sus pensamientos. *Estás demasiado viejo para esto, hermano.*

Sin prestar atención a ninguna otra cosa, Marius apretó el pulgar contra el botón de apertura. Nada. Los dientes afilados que mantenían el tanque trabado al suelo durante el modo de asedio permanecieron firmemente incrustados en el terreno de arcilla. Marius volvió a oprimir el botón con impotencia, pero esta vez sintió un leve temblor. En el tercer intento, las patas de la máquina se liberaron.

El tanque se elevó. El zumbido de la suspensión hidráulica resonó como la melodía más dulce en los oídos de Marius. Los soportes del Arclite finalmente se retrajeron por completo. Varias luces de color verde titilaron, y las orugas volvieron a tocar el suelo mientras giraban.

Marius invirtió la dirección y avanzó a toda velocidad a través de la planicie polvorienta mientras aumentaba la marcha. Las fuerzas protoss ahora cubrían por completo su HUD

trasero. La computadora comenzó a focalizar a los enemigos automáticamente y emitía una molesta serie de chillidos cada vez que rastreaba a los protoss que se acercaban. Marius la apagó y, al mismo tiempo, activó el micrófono.

—Habla el capitán Blackwood, del Arclite 2717. ¿Me copian?

Marius activó el sonido de sus auriculares y levantó el volumen del intercomunicador. Lo único que oyó fue la estática.

—Teniente coronel Maxwell, habla Blackwood. Estoy volviendo. ¿Me escuchan?

Nada. A través del HUD, vio los rayos de los disruptores del primero de los inmortales que caían en el suelo, bastante lejos del tanque. Sin embargo, los sensores de proximidad tenían una noticia un poco más aterradora: los persecutores se habían teletransportado hacia adelante. Ya estaban detrás de los inmortales y avanzaban a toda velocidad. A demasiada velocidad.

—¡Gwen! —gritó Marius, que trataba de provocar a la teniente coronel llamándola por su nombre de pila—. ¡Está llegando un segundo ataque! ¡Un montón de persecutores y también inmortales! ¡Quizás haya más! ¡Teniente coronel! ¿Hay alguien? ¿Alguien me oye? Estoy transmitiendo en todas las frecuencias de emer...

Marius salió disparado hacia adelante cuando el tanque avanzó por encima de una de las fosas grabadas en el suelo de arcilla, un regalo de despedida de su amigo el coloso. Levantó la mirada y siguió avanzado, ahora concentrado en evitar las grietas restantes.

Se produjo otra explosión frente a él que iluminó súbitamente el tanque. Los persecutores

estaban a tiro. Ya casi no tenía tiempo.

Así que esto es todo, pensó Marius. Ahora le tocaba su turno, y el coloso sería su última baja... su última cerveza antes de desaparecer en el drenaje del olvido. Todo encajaba tan bien que hasta era divertido.

En la pantalla topográfica apareció el borde del peñasco, pero aún parecía demasiado lejos. Por un instante se le ocurrió la idea de terminar con todo él mismo, conduciendo a toda velocidad y lanzándose al vacío, a ese estúpido y ridículo vacío. Lanzó una risa ahogada. No, ese no era su estilo. En todo caso, Marius giraría y pelearía. Incluso con su máquina en la línea roja, todavía podía causar bastante daño. Estaba casi seguro de que podía llevarse a uno o dos caminantes con él.

En ese momento, directamente frente a él, se encendió una luz en el cielo. Cada vez era más fuerte y brillante, y seguía creciendo a medida que Marius acortaba la distancia rápidamente. Era un foco. ¡El foco de una nave de evacuación!

Con el corazón en la boca, Marius pisó el acelerador con tanta fuerza que tuvo miedo de romperlo. Pero el tanque ya avanzaba a máxima velocidad. Lo único que podía hacer era mirarlo mientras levantaba polvo a su paso.

La piloto de la G-226 se alineó con cuidado a su altura, con los motores girando hacia abajo para descender. Marius se acercó a la parte frontal de la nave. Los rayos de los persecutores caían a su alrededor mientras la rampa delantera se abría para recibirlo sobre el borde del precipicio rocoso.

Una explosión en la parte posterior derecha del Arclite lo tiró de costado. Al instante, Marius luchó por enderezar el tanque. Volcó el peso hacia el otro lado, por un segundo perdió el control peligrosamente, y finalmente corrigió la maniobra.

¡No! pensó con ferocidad. Ahora no, que estaba tan cerca. A su pesar o no, la esperanza se había apoderado de Marius. Después de todo lo que había pasado, no la iba a soltar.

El polvo voló en todas direcciones cuando la nave se acercó al suelo. Cuando oyó el ruido metálico de las trabas, Marius comenzó a soltar el acelerador. No había lugar para el error. Con un simple resbalón terminaría contra el costado de la nave, y tanto la nave como el tanque saldrían despedidos por el borde del peñasco hacia el vacío en una maraña de metales retorcidos.

En un instante, la nave aterrizó y los propulsores se arquearon bajo su peso. Marius bajó la velocidad y se concentró en controlar la desaceleración. Con los dientes apretados, guió la trompa del tanque por la rampa y lo metió adentro de la plataforma de embarque de la G-226. Pisó con fuerza los frenos, sintió el estremecimiento del tanque al detenerse y colocó las trabas magnéticas en las ruedas del Arclite. Marius sintió un peso en el estómago cuando la piloto elevó la nave y avanzó hacia el extraño cielo de color rosado.

Afuera se oían las explosiones de los disruptores, mientras un montón de persecutores trataban de despedazar la nave. Rápidamente, los sonidos se apagaron y se hicieron más distantes, hasta que, finalmente, desaparecieron por completo. El vuelo desde el peñasco había puesto una separación instantánea entre el transporte y el enemigo. Todo había terminado.

Marius se levantó y abrió la escotilla. Un soplo de aire dulce y fresco entró en el tanque. Respiró profundamente, con ganas, con avidez. Nunca nada le había parecido tan glorioso. Trepó al techo del Arclite y se acostó boca abajo. Sentía el calor debajo de él, mientras dejaba que el aire frío de la nave le refrescase el cuerpo, empapado en sudor.

Mientras dejaba que las luces brillantes de la plataforma acariciasen su cuerpo, Marius cerró los ojos fatigados. El silencio duró menos de un minuto.

—Capitán Blackwood —resonó una voz estridente por encima de él—. ¡Es un placer tenerlo a bordo!

Era la piloto de la nave. Marius se deslizó hacia abajo por uno de los lados del tanque, y las piernas se le doblaron cuando las botas tocaron el piso de metal corrugado. Las estiró con una fuerte mueca de dolor. Las rodillas crujieron en una protesta vehemente.

—Relájese y disfrute el viaje, capitán —continuó la piloto—. Será un vuelo rápido hasta la base. Lo llevaré de inmediato, así que fúmeselo si quiere.

Con aire ausente, Marius metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó medio cigarro manoseado. Comenzó a caminar alrededor de su máquina para evaluar los daños.

—¡Dígale a la teniente coronel que le voy a dar un beso apenas la vea! —gritó en medio del vacío de la plataforma de carga de la G-226. El eco de su voz resonó estridentemente por las paredes de acero—. ¡Con o sin corte marcial!

Estaba casi seguro de que la piloto no podía oírlo, pero eso no importaba. Marius se tanteó la ropa para tratar de encontrar un encendedor, pero no encontró nada. De todas formas se

puso el cigarro entre los labios.

Al llegar a la parte de atrás del Arclite, se detuvo. La mayor parte del blindaje trasero del tanque estaba completamente destruida. Solo quedaban algunas piezas sueltas, retorcidas y deformadas por el fuego devastador de los persecutores. Los bordes externos aún estaban calientes y debido al intenso calor despedían un brillo de color blanco en algunos lugares.

Marius se inclinó con cuidado y encendió su cigarro con el metal ardiente.

Dio la vuelta para examinar el lado opuesto del tanque y lanzó un suspiro de alivio. Las marcas de los enemigos matados seguían allí. Marius les pasó la mano por encima y las tocó para sentir la profundidad con la que estaban grabadas en la placa de neoacero. Al final de la larga fila, acarició un espacio en blanco.

El coloso iría ahí. Finalmente.

En ese momento se produjo una terrible explosión. La nave de evacuación se tambaleó hacia un costado peligrosamente, y Marius quedó apoyado en el suelo sobre las manos y las rodillas. Sintió el dolor en sus piernas cuando las rodillas volvieron a crujir. Apoyado en el tanque, luchó por volver a ponerse de pie.

Hubo otra explosión, esta vez casi ensordecedora. La nave se sacudió con violencia, aleteó y comenzó a caer en picada. Incapaz de sostenerse, Marius salió disparado hacia adelante y atravesó la plataforma de embarque a toda velocidad, tan indefenso como una marioneta.

En ese instante surgió un brillante destello azul y blanco, seguido de una intensa explosión

de calor. Marius oyó el silbido del aire que escapaba a través del blindaje perforado de la nave y buscó a los tumbos algo para agarrarse. No encontró nada.

Un segundo después, todo el interior de la nave estalló en una explosión terrorífica, marcada por el sonido infernal del acero al partirse en pedazos. El suelo se desprendió por completo, y Marius cayó al vacío a través de ese extraño cielo de color rosado. Iba girando en círculos, con los brazos y las piernas desplegadas en un vano intento por recuperar el control, hasta que finalmente se rindió ante lo inevitable. Lo último que vio fue la enorme figura de su tanque de asedio, que caía pesadamente al suelo.

No sintió ni una pizca de miedo.

Era alivio. Paz. Libertad.

Marius sonrió.

El fénix formó un remolino de nubes de polvo al aterrizar.

La escotilla se abrió con un silbido, y el piloto protoss saltó al suelo. Los restos calientes de la nave de evacuación terran yacían desparramados en una atmósfera estancada. A un lado, las torretas de un tanque de asedio habían quedado enterradas en la superficie arcillosa. Los cañones retorcidos de la máquina de guerra apuntaban hacia el cielo, desafiantes.

El piloto se inclinó y tomó un pedazo de neoacero aún caliente de los restos humeantes. Mientras lo sostenía en sus guanteletes, pudo ver las marcas grabadas que representaban las victorias anteriores del humano. El protoss inclinó la cabeza en señal de respeto. Era un gesto que iba más allá de la raza y el idioma: comprendía al guerrero caído.

No, no era un guerrero. Era un hermano.

El piloto volvió a su nave y usó el pedazo de metal para marcar el símbolo de su propia victoria en su fuselaje, junto a otras marcas.

Finalmente, después de arrojar el trofeo sobre el agrietado suelo rojo, se elevó hacia el cielo.